

**LA NOVELA
CORTA**

10 cts
NÚMERO
EXTRAORDINAR

195



ORFEBRE
por
Vargas Vila

LA NOVELA CORTA

Director: José de Urquía

Para que el lector juzgue la importancia de **La novela TEATRAL**, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización ya nos ha sido oficialmente otorgada.

Galdós.

49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.

Benavente.

9. Todos somos unos. - 102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

Quintero.

66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.

Linares Rivas.

16. El Cardenal.-99. La Cizaña.- 101. Bodas de plata.

Dicenta.

6. El Lobo. - 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal. 30. - El crimen de ayer. - 60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.

Villaespesa.

10. El rey Galaor. - 23. Aben-Humeya. - 37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla. - *El Halconero.

Ramos Carrión.

84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-*La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-*Mi cara mitad.-*Los señoritos.-*La criatura.

Vital Aza.

32. Francfort. - 33. La Rebotica. - 36. Ciencias exactas.-39. La Praviñana.-45. Parada y fonda. 50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-*Las

codornices.-*El sueño dorado. - *El matrimonio interino. - *Llovido del cielo. - *El señor cura.-*El sombrero de copa. - *Con la música a otra parte.-*El afinador.-*Perecito.

Ramos Carrión-Vital Aza.

*El señor Gobernador. - *Zaragüeta. - *Robo en despoblado. - *El padrón municipal.-110 El oso muerto.-*La ocasión la pintan calva.-*El rey que rabió

Arniches.

2. La sobrina del cura. - 11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas. - 20. Dolorettes. - 21. La señorita de Trevelez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Arniches - García Álvarez.

15. Alma de Dios. - 17. El pobre Valbuena. 70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya - 83. El método Górritz. - 87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá. - *El pollo Tejada.-*El perro chico.-105. Gente menuda.-*El príncipe Casto.

García Álvarez - Muñoz Seo.

8. El verdugo de Sevilla. - 12. Fúcar XXI. - 34. La frescura de Lafuente. - 51. El último Bravo. - 56. Los cuatro Robinsones. - 64. Pastor y Borrego.

Paso - Abañi.

13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia - *El infierno.-*Los perros de presa.-*El Paraíso.-*La mar salada.-*La bendición de Dios.-*El asombro de Damasco. - *El tren rápido.-*El velón de Lucena.-*Nieves de la Sierra.-*La alegría del vivir.

COMEDIAS Y ZANZUELAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-7. Charito la Samaritana.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-28. La Gioconda.-29. Primavera en Otoño.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina. - 42. Genio y figura.-44. La viejecita. - 47. Petit-Café. - 48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá. - 57. Los gemelos.-59. Gigantes y cabezudos.-73. Trampa y cartón.-74. La Corte de Faraón. - 76. El dúo de la Africana. - 80. La manta zamorana.-81. Pedro Gimenez.-89. La Generala.-91. La Rabalera.-93. Pepe Gallardo. - 109. El Húsar de la Guardia.-*Entre parientes.-*La Credencial.-*Los Hugonotes.-111. El octavo, no mentir.-115. Los demonios en el cuerpo.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-108. La tía de Carlos.-*La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-*Los gansos del Capitolio.-*El director general.-*El crimen de la calle de Leganitos.-*El Revisor.-22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cades de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-94. El padrino de «El Nene».-98. El señor Joaquín.-*La señorita del almacén.-113. María Rosa.-114. Tierra baja.

(*) Las obras señaladas con asteriscos es que en breve serán publicadas.

La novela**TEATRAL****EN OBRAS DE**

drama en tres actos, de

ARQUITAS VALLENTE

publicará mañana domingo

DIEZ céntimos

ORFEBRE

NOVELA INÉDITA

POR

VARGAS VILA

Procesión de nubes blancas, bajo un cielo de cobalto;

lentamente se extendían, se esfumaban, se perdían, cual vencidos gonfalones

en la calma vespéral;

una ojiva de oro fúlgido semejaba el sol cadente, en el muro de la Noche que surgía;

en la cimbra iluminada de ese pórtico de sombras, parpadeaban las estrellas;

lises reales del jardín de los espacios, inclinando sus pistilos, como dardos de luz sobre el Abismo;

otros lises, sus hermanos, se entreabrían en la sombra verdinegra del jardín, que en las afueras del poblado hacía como un rústico vestíbulo de flores y de hojas, a una pequeña casa, que a esa hora parecía hundida en un sueño de Misterio y Soledad;

el palor de los rosales bajo el casto azul difuso de la Tarde, los hacía aparecer como ostensorios de nácar ofreciendo la hostia pura de sus cálices, en sacrificio a la luz que se moría;

dormitaban las flores, bajo el vuelo letal de los insectos;

coleópteros voloteaban sobre ellas, en una embriaguez luminosa de deseos, rumoreando sobre los cálices entreabiertos, esperando la hora de extraer el dulce licor en ellos acendrado;

fosforescían las cantáridas;

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores:

corpúsculos erráticos que parecían arrancados del corazón del Sol, volaban sobre el verdor espeso de las frondas, llenándolas de un hálito de Voluptuosidad;

las margaritas, su blancura de cera evanescente, ofrecían como holocausto a la tiniebla vencedora, que se extendía sobre el cielo, como una lluvia de cenizas, escapadas al corazón de una urna volcada;

solitario estaba el pequeño huerto, sobre el cual lentamente venía la Noche, la hermana de la Soledad, que no se apartaba nunca de él;

una gran ventana abierta por completo, y, enmarcada en ramajes florecidos, dejaba ver la calma conventual, y, el aspecto cenobítico de un aposento cuasi desamueblado, en el cual sólo se veían un lecho de hierro, hornos portátiles, varias mesas, y, sobre ellas, o pendientes de los muros, instrumentos y útiles de orfebrería;

Sobre el lecho, y una pequeña mesa que le estaba cercana, dispersos, libros a la rústica, revistas y diarios;

en el centro del aposento, sentado cerca a una mesa, e inclinado sobre un trabajo que tenía entre las manos, se veía un joven operario laborar;

absorto en su obra, se diría ausente de cuanto le rodeaba; dábale de frente la escasa luz mortecina, que envolvía su cabeza en un halo vago de claridades difusas;

blondas las melenas de un blondo obscuro y meloso, largas y peinadas en bandas, cayéndole sobre las mejillas, consuntas como por las maceraciones de un ascetismo ritual;

la palidez del rostro, unida a la amargura de él, daban al joven obrero, el aspecto de uno de aquellos Cristos adolescentes, que los pintores primitivos eran tan dados a esbozar sobre dipticos piadosos y los muros de los claustros, en el incierto arbor del arte medioeval;

largo el rostro noble y exangüe de facciones viriles; acentuadas, que se dirían labradas al cincel;

delgados los labios muy pálidos, contraídos en un gesto extraño de Meditación; labios rebeldes a la Elocuencia, como los de todos los grandes solitarios, hechos para aprisionar la Verdad, más que para decirla; nada igual al gesto despectivo de esos labios desafiadores;

duro y pronunciado el menton que un exceso de líneas, hubiera llevado al prognatismo; menton voluntarioso; señal de fortaleza espiritual;

rasado cuidadosamente el rostro o naturalmente sin barba, ninguna sombra de vello obscurecía aquella palidez marfilina que se diría la de un rostro penitente;

al azar de su trabajo, alzó los ojos, unos grandes ojos de un azul metálico impetuoso, ojos dominadores que abarcaron el paisaje con una mirada dura, llena sin embargo de una extraña melancolía;

volvió a inclinar el rostro, y, continuó en trabajar; sus manos largas y blancas; de dedos tentaculares, sostenían entre el índice y el pulgar de la izquierda, un objeto que cincelaba cuidadosamente con un instrumento sostenido en la otra;

la luz azulosa del crisol, que se avivaba a veces, daba reflejos de metal a aquel rostro de medalla;

hubo un ruido en el jardín, como de las alas de una paloma, que rozase las frondas al cruzarlas;

atento a aquel ruido que, debía serle habitual, el joven obrero alzó la cabeza, miró hacia el jardín y, sonrió viendo cruzar por entre las hojarascas y clemátidas, la figura ágil y esbelta de una mujer, que acababa de entrar y se dirigía hacia la casa;

esperó;
tocaron suavemente a la puerta:

se puso en pie y fué a abrir;

su alta silueta se dibujó en el crepúsculo, envuelta en la larga blusa azul de trabajo, con algo de trágico y fantasmal;

la puerta se abrió y la mujer que había atravesado por el jardín, entró en la habitación;

pequeña, delgada, con una pureza de contornos que hacía pensar en ciertas figulinas de terracota, halladas bajo las ruinas de Pompeya y en los exquisitos diseños de aquel amable pintor de intimidades femeninas que fué Frensiel; la joven avanzó confiada y sonriente, tendiendo su mano al joven obrero que la estrechó en las suyas, y así unidos avanzaron hasta la mitad del aposento;

allí se detuvieron;

él, dominaba con su alta estatura su flebil y delicada compañera, que más parecía una niña que una mujer;

la escasa luz del crepúsculo, mezclándose a la intermitente del horno medio extinto donde se fundían los metales, los bañaba en una claridad difusa, que distinguía los contornos y, los hacía aparecer en una como zona incierta, de claridades hidratizadas;

perfecta de líneas en su pequeñez de bibelot la joven era bella, de una belleza que se diría intangible por la exigüidad delicada de sus formas;

sus cabellos largos y rubios, de un rubio pálido de espigas marchitas, hacían rudo contraste con la negrura de sus ojos, grandes y tristes, temerosos como los de una gacela en huida, y ornados de pestañas tan largas, que hacían sombra sobre sus mejillas rojas, menos rojas aún que los labios frescos y gruesos que se entreabrían en una perpétua sonrisa infantil, dejando ver los dientes blancos y diminutos como si fuesen aljofares.

continuaban en tenerse asidos de las manos, y se miraban tiernamente:

él, amaba esos largos silencios en los cuales parecían decirse tantas cosas;

luego la trajo un poco hacia la ventana como si tuviese necesidad de verla en plena luz, de observar su belleza, diluida en los rayos del Sol.

—He tardado—dijo Rosa María, con una voz suave y un ligero tartamudeo de niño consentido—porque tuve necesidad de acompañar a papá a casa del oculista; cada día está peor de los ojos; ya no acierta a andar solo;...

y, como si algo de la tiniebla que cubría los ojos paternos, hubiese caído sobre ella, su frente se ensombreció y sus claros ojos se hicieron tristes y prontos a llorar;

él, no ensayó consolarla, seguro de la inutilidad de todo consuelo y porque a su corazón leal, repugnaba toda forma de mentira, y se conformó con decir, como si hablase consigo mismo, y, respondiéndose al eco de un sordo dolor:

—Hay que cuidarlo mucho; la vejez de un padre es sagrada para aquellos a quienes dió la vida con su nombre; felices aquéllos que tienen un padre a quien consolar, una cabeza blanca sobre la cual depositar un largo beso de amor; por tener esa ventura diera yo todas las otras;

y, calló, inmóvil ante la noche surgente, como si toda su vida se hubiese agotado en esas palabras, y su corazón sangrase clavado a la cruz de la ignominia, que extendía sobre su vida y sobre su rostro, una ola de vergüenza, roja como la púrpura:

ella lo dejó callar, respetuosa de ese silencio en el cual se envolvía con tanta frecuencia, y que extendía entre los dos uno como impenetrable velo de tinieblas:

en el gran silencio la alta silueta del joven perdía sus contornos, y parecía gigantarse, coronada de un nimbo de cosas hostiles, que hacía más visible su paidez intensa de alabastro.

Virgilio Heredia, que tal era el nombre del joven obrero, había cumplido veintitrés años, y, era en su profesión de orfebre, muy estimado como cincelador y

creador de objetos de arte, [en los cuales revelaba, un gusto refinado y, una maestría insuperable;

esa aptitud artística, como cierta distinción de maneras que lo hacían notar entre sus compañeros de labor, le venían de la noble raza paterna de la cual era un bastardo;

su madre; que vivía aún, había nacido y, crecido en el palacio de los marqueses de Almafria, en el cual su padre era lacayo, y su madre fámula de la Marquesa, como sus antecesores, todos viejos en esa servidumbre;

seducida en muy tierna edad, por uno de los hijos de la casa, que luego fué el heredero del título y mayorazgo, quedó en cinta y fué expulsada sin piedad de aquel palacio en que había nacido;

el fruto de esa falta, había sido él, Virgilio Heredia, al cual la vergüenza de la bastardía, le pesaba como un crimen;

naturaleza delicada y altanera, no saber o no poder decir quién era su padre, era el dolor y el rencor que envenenaban su vida;

los ocultaba en su corazón como una lepra, que le vedaba toda noble ambición, todo sueño de gloria;

mientras la vieja Marquesa, madre del seductor, había vivido, Encarnación Heredia y su hijo, frecuentaban el palacio y recibían pequeños regalos de la noble dama, que parecía amar aquel niño pálido y meditativo, cuyo rostro imperioso de indócil aguilucho, se asemejaba tanto al de los viejos genitores de su raza, cuyos retratos, colgados a los muros del salón, parecían una colección de condores disecados;

muerta ella, Encarnación y su hijo fueron inexorablemente expulsados de la casa por el joven Marqués, que les prohibió poner los pies en ella, tomado de una ciega aversión por ese niño, en el cual se negó siempre a reconocer un hijo suyo.

Encarnación trabajaba como planchadora para vivir ella y su hijo al cual envió primero a la escuela, donde fué un alumno meritisimo, y lo dedicó luego a un oficio, habiendo escogido el de orfebre, por elección de él, y, por no ser un oficio de fuerza, que hubiera acabado la naturaleza delicada del niño;

en los azares de la vida, había conocido un obrero maquinista que la había requerido de amores, y se había casado con él;

al principio, las cosas fueron bien, pero, el carácter violento de Gregorio Sánchez—, que así se llamaba el marido—se reveló bien pronto, así como su incontinente amor a la bebida;

ebrio y brutal, empezó a hacer insoportable la vida a su mujer y al hijo de ésta, a quien había tomado un odio ciego, gozando en perseguirlo y en martirizarlo;

mientras el niño fué pequeño, las escenas se reducían a librarlo de las brutalidades del padrastro, ora ocultándolo en la propia casa, ora teniéndolo en la de los vecinos compasivos, para evitarle martirios;

pero, cuando este fué ya grande, no toleró las sevicias del ebrio contra su madre, y surgieron escenas de una violencia terrible que pusieron en peligro la vida de los dos hombres;

entonces, y, cediendo a los ruegos de su madre, Virgilio resolvió separarse; muy hábil ya en su oficio y ganando lo bastante para vivir, fué a habitar solo, en una muy pequeña casa, rodeada de un jardín, y sita en las afueras de la ciudad, no muy lejos de la de su madre, a quien amaba con delirio, y no podía dejar de ver, imponiéndose el deber de visitarla tres veces por semana, durante las horas de ausencia del padrastro, al cual hacía todo lo posible por no ver nunca;

este, furioso con la ausencia del hijastro, a cuyas expensas quería vivir, no pudiendo brutalizarlo, como antaño, brutalizaba a la madre desvalida, que ocultaba a su hijo los malos tratos de que era objeto;

muy inteligente, muy serio, ajeno a todo vicio aun a aquellos que más imperio-

samente dominan la juventud, Virgilio Heredia se abrazó a su soledad como a una querida y, se dió a su arte, con una pasión de asceta,

bajo las alas de la Tristeza, que dominaba su vida como una divinidad hostil, hizo del arte el centro de su existencia, tratando de ahogar en sus sueños de belleza, los sueños de rencor, que asaltaban su corazón;

su cultura era rudimentaria, pero, las virtudes atávicas que residían en él, rezagos de una vieja cultura que había sido el alma de su raza paterna, toda de cultores o protectores del Arte, renacían en su cerebro y, fluían de sus manos en una rara floración de esbozos y de obras de una originalidad tan acentuada, que desde un principio llamaron la atención de los conocedores;

visitó los Museos, permaneciendo largas horas ante las vitrinas que contenían los originales o las copias de obras maestras de grabadores y escultores en metal; y se complació en estudiar y, aun imitar aquellos que sobresalían por la pureza del dibujo y, el encanto sensitivo de la forma: los orfebres toscanos del cuatrocientos, fueron sus grandes modelos; y, de ellos aprendió ese dominio de la técnica, esa cuasi diafanidad de líneas que hace como ideales los objetos en su aparente tenuidad; el relieve de un vaso de Cignano, el anza de un ánfora; de Dellarocca, lo sumían en una ensoñación tan grande, como la incisión del broche de una capa pontifical laborado por Benvenuto;

la cerámica y los camafeos lo atraían con menos fuerza, por mucho que admirara los modelos reaparecidos de la Edad de Acero, las delicadezas de Forgeot y de Gonget en la «Chasses», y, ciertos decalcos al punzón que en los manieristas del siglo xv llegaron a adquirir casi, la profundidad y, la belleza de los mejores *intaglios* de Derbois;

pronto ocupó como grabador y como cincelador, el puesto que le correspondía, y, ganó ampliamente su vida;

su inagotable sed de saber, llevó su imaginación por otros cauces, y lo hizo darse con pasión a la lectura;

frecuentó las Bibliotecas de los Ateneos Obreros, que entonces empezaban a fundarse, y, las agotó bien pronto;

los estudios socialistas lo atrajeron por un momento y devoró el caudal de ideas revolucionarias, que llenaban los libros; estas llegaron hasta su cerebro, pero no entraron a su corazón;

no tenía el alma colectiva; el Dolor Universal, no lo tocaba;

unido por grandes amistades y, muchos cariños a la masa obrera de su ciudad natal, hubiera podido ejercer grande influencia en ella, y, ser factor y director de hechos colectivos, pero, no tenía el alma revolucionaria; carecía de ilusión, que es la fuerza de los jefes de muchedumbres; además, le faltaba el don de la Elocuencia, era un silencioso, como todos los solitarios; atento a las músicas interiores de su Inspiración, los grandes rumores exteriores le eran inoportunos y, desconcertantes; como todo artista verdadero, era un sensitivo extraordinario y el contacto con los hechos, o con los seres violentos, lo lastimaba enormemente;

por eso, aún conservando una sincera amistad, por muchos de sus camaradas, se había encerrado en una soledad, que era una claustración;

a esa soledad no llegaba—como el rayo de una estrella al fondo de un abismo—sino Rosa-María, su novia, joven obrera empleada en una fábrica de cajas de cartón; y, a la cual conocía desde niña, por ser hija de un viejo maestro alfarero, en cuyo taller había él, aprendido las primeras nociones de vaciaje y modelaje antes de ensayar en metal sus aptitudes de artista;

se amaban desde entonces;

y, ella era bella, era suave, era sencilla, una de esas mujeres, que se dirían bíblicas, a causa de su mansedumbre;

sus amores eran puros, de una pureza querida por él, impuesta por su voluntad a sus pasiones y, a su corazón;

sobre el honor de esa virgen, velaba él, el primero, porque pensaba hacer de ella su esposa;

le habría sido fácil seducirla, pero, ¿la habría entonces amado?...

tenía el alma demasiado orgullosa para eso;

por nada del mundo habría prostituído a aquella de la cual pensaba hacer la madre de sus hijos;

había sufrido y sufría mucho del crimen de la bastardía, para imponer ese crimen a los otros;

si su corazón sangraba de esa llaga impura... ¿cómo dejar la herencia de esa llaga a otros corazones?

era demasiado honrado para ello;

metódico y austero, ahorraba dinero para su matrimonio, que pensaba celebrar muy pronto;

entretanto, trabajaba con ahinco;

en esos días, labraba un ciborio de oro repujado, todo ornado de leyendas cristícolas, y, sorprendente por la pureza de los relieves, que hacían surgir el motivo pladoso con tal delicadeza que se diría, más pintado que esculpido en la epidermis tersa del áureo vaso;

ninguna lucha ruda del artista con el metal, ninguna huella de esfuerzo por vencer la materia, imponiéndole él sello de la creación mental, se adivinaba, en aquel dibujo perfecto y en aquel emerger de formas, surgiendo con tal naturalidad, que se diría que el oro era mórbido o el cincel había trabajado en una cera virgen;

lo gráfico y lo plástico se disputaban; por igual la perfección en el dominio de la Obra.

a pesar de lo pequeño del objeto, la faz del Nazareno, caído bajo la cruz, irradiaba de idealidad; había un halo, melancólico y fulgente al mismo tiempo bajo su corona de espinas, como si un Pensamiento irradiase allí, con la plenitud de un Sol; el esfuerzo de sus piernas al intentar levantarse era bien el esfuerzo de un algo muy árduo por cumplir, el gesto heroico y desencantado de los grandes predestinados, que marchan a la Muerte, seguros de la inutilidad de su Martirio.

María-Rosa, había posado sus miradas sobre la cinceladura admirable como en una cosa muy bella, que le hacía un gran placer de ver, pero su emoción era toda religiosa y nada artística; el cáliz, era para ella un objeto sagrado, y, los preciosos grabados, una especie de Viacrucis, trabajada en metal;

él, adivinó lo que pasaba en el alma ignára de la joven, y, no quiso interrogarla, segura de evitarse oír un concepto que por lo rudimentario había de ultrajar la esencia de su Obra;

y, calló;

la opacidad de la tarde se había hecho densa y, de las frondosidades tenebrosas del jardín, parecía desprenderse una mayor tiniebla que de los cielos mismos; se acercaron a la ventana, como deseosos de sumergirse en la fascinación creciente de esa luz moribunda que se iba, diciéndoles un adiós de estrellas;

ella se acodó al antepecho de la ventana y quedó soñadora, mirando morir la tarde en la púrpura, y el oro del horizonte lejano;

él, fué a cambiar de traje, para salir juntos, como solían hacerlo todas las tardes;

cuando volvió ya con su traje de pana, limpio y bien cortado, y su gorra de seda negra, parecía más alto y, más fuerte, que bajo su blusa de trabajo, que lo ascetizaba, dándole un raro aspecto cenobítico;

llevaba un pequeño bulto bajo el brazo:

—Y, ¿eso?—dijo ella, con la curiosidad inherente a su sexo.

—Un chal, para mi madre; no tiene con qué cubrirse para salir; todo se lo ha empeñado Gregorio.

—Y, este también lo empeñará—dijo ella, que sabía bien el triste drama de ese matrimonio;

—¿Qué hacer?—dijo él, con una gran amargura, en el gesto y en la voz;

la tomó por la mano y salieron juntos;

el pequeño jardín se había hecho obscuro, y los arbustos tenían un tono de bronce, que en las enredaderas cercanas se hacía bituminoso;

salieron a la calle;

iban cogidos de las manos, como dos niños, y, no del brazo, como dos amantes, y, el candor de ese gesto los hacía augustos a la Misericordia de la Noche que venía;

hablaban de cosas suyas, en la intimidad de sus corazones con una simplicidad que se diría radiosa;

sus voces eran confidenciales, impregnadas de ternuras;

era la hora en que él descendía de sus altos sueños hacia su corazón, para vivir la vida miserable que vive éste, y, hablar con ese sér débil y: cándido, al cual no intentaba nunca elevar hasta su cerebro, sabiendo lo imposible que son ciertas ascensiones para las almas sin alas, y, lo fatal del Icarismo, para los corazones incapaces del vuelo;

llegados al tranvía que debía llevar a María-Rosa a su casa, y hasta el cual, él la acompañaba todas las tardes, la ayudó a subir y, se despidieron estrechándose tiernamente las manos;

el tranvía partió;

y, él, siguió solitario su camino, bajo el encanto de la Noche surgente, como bajo el ópalo de una mano hipnotizante;

y, se perdió en el enervamiento de la hora y de sus sueños, cual si lo hubiese devorado el corazón sin ecos del silencio.

*
*
*

La llanura árida y fría, más allá de los suburbios de la Urbe, extendía sus paisajes sin belleza de una actitud inhospitalaria de estepa;

dispersas las viviendas extra-urbanas, eran en el llano árido, como jalones de un barrio por construir;

pequeñas casas de obreros, de construcción uniforme, cuya sola belleza era el jardincillo que precedía a cada vivienda y, en el cual entre las plantas vivaces desafiadoras del hielo, y madre selvas tristes, que ya empezaban a morir, se oían risas de niños, mezcladas al gorgear de pájaros esquivos;

la vía férrea extendía ante ellas sus tentáculos de hierro, proyectando hasta perderse de vista, las líneas de sus rieles que bifurcándose fingían en lontananza dibujos arácnidos;

la visión azul y rosa del crepúsculo había muerto;

se encendían los faroles de la luz municipal; muy escasos, muy distantes unos de otros produciendo en las tinieblas, con su luz intermitente, desconciertos momentáneos de visión;

un paisaje de agua fuerte, a tinta china;

en la puerta de una de esas casas, blanca y limpia, con la reja del jardín enfeñonada por tupida enredadera Encarnación Heredia, atalavaba:

sus ojos avizores escudriñaban el horizonte y el camino, cuyas tristezas vespertinas se reflejaban en el candor apacible de sus ojos; campo abierto a las ternuras maternales, a esta hora inquietas e impacientes;

alta y fuerte, de una recia contextura, afligida de prematura obesidad; morena la color y sonrosadas las mejillas; carnosa la boca de bondad, pronta a la sonrisa aun en las horas de mayor tristeza; negros los grandes ojos circasianos, esos ojos humildes y amorosos, repletos de ternuras; los cabellos que habían sido de un negro luciente, eran ahora casi blancos, y, eso la embellecía sin envejecerla; frisando en los cuarenta años era aún bella, con la belleza vulgar de las mujeres de su clase, ya algo deformada por la gordura; y, ese era su orgullo; los raros domingos, que burlando la vigilancia de su marido, lograba salir de paseo con su hijo, para ir a algún teatro, pasear por la ciudad, o ir a refocilarse en los merenderos aledaños del poblado; que la gente se volviera para mirarla, hallándola bella, del brazo de mozo tan garrido;

esa tarde vestía, o mejor dicho, se cubría—tal era lo consunto y averiado de la tela—con una bata de lana burda, en color gris oscuro, remendada y recosida acá y acullá, pero de recién planchada y, limpia, de una limpieza deslumbrante; como los brazos y, el cuello descubiertos a pesar de la hora tarda; hacía con frecuencia, para ver mejor, pabellón a sus ojos, con su mano grasa y tosca de hembra de faenas;

las vecinas que pasaban, sonreían saludándola, porque sabían bien a quien esperaba, y, el tierno amor de esa madre y de ese hijo, y, el drama de hostilidad que lo rodeaba;

conocían a Virgilio desde niño, muchas lo querían con cariño cuasi maternal, y, algunas cuando pequeño, lo habían albergado en su casa, para librarlo de las brutalidades del padrastro;

habían visto crecer bajo sus ojos, ese adolescente extraño y serio, exento de todo vicio, y, el cual citaban a sus hijos como modelo;

sabían el secreto de su bastardía y, el nombre de su padre verdadero, y, habían sido testigos indignados del maltrato que su padre putativo le había dado hasta obligarlo a abandonar su hogar;

sabían que él proveía cuidadosamente a la manutención de su madre, a la cual el marido ebrio, quitaba esos dineros, para gastarlos, con el de sus jornales en vicios y francachelas;

por eso, todo el barrio amaba al joven obrero, y, no tenía sino amigos en aquellas casas humildes, diseminadas en el suburbio, que a aquella hora dormitaba en el Silencio;

los ojos impacientes de Encarnación, alcanzaron a divisar al otro lado del camino, la alta silueta de su hijo, que atravesaba en ese momento el enriellado de la vía, para venir hacia ella;

y, avanzó a su encuentro;

y, le tendió los brazos;

y, la madre y, el hijo se besaron;

y, el beso repercutió en la soledad, como un gran cántico de amor;

y, enlazados de las manos se dirigieron a la casa, y, se detuvieron en la puerta, porque el joven no entraba nunca allí, por temor de que lo hallara su padrastro, el cual había prohibido a su madre que lo recibiera;

se apoyaron contra el muro del jardín, sobre el cual las clemátidas abrían, el multiforme encanto de sus hojas;

viendo a su madre tiritar de frío, Virgilio desdobló el papel en que traía envuelto el chal de lana, y sacando éste, lo puso cariñosamente sobre los hombros de Encarnación, arreglando sus pliegues con coquetería, al mismo tiempo que decía:

—Ahora, no tendrás frío;

la madre se arrebujó con fruición bajo la lana, agradeciendo, más que con las

palabras, con los ojos húmedos de lágrimas, el obsequio de su hijo, y, luego, murmuró con un temblor de miedo en la voz:

—Este, se lo doy ahora, a guardar a Anacleta, la vecina de al lado, porque si me lo ve Gregorio encima, me lo rompe o me lo quita como todo lo que tú me das.

—No—dijo el joven, imperioso—, quédate con él puesto; ¿cómo vas a morir de frío por ese bárbaro?...

y, acercándose más a su madre, para fijarle con un alfiler el chal, bajo el mentón, se fijó en una mancha morada, cuasi negra, que tenía bajo un ojo:

—¿Quién te ha hecho eso?—dijo con una mal contenida violencia:

—Nadie—dijo Encarnación, haciendo esfuerzos por sonreír, y añadiendo:—fuf yo misma, con la punta de una mesa, al inclinarme para recoger una aguja.

—No; yo sé que no; ha sido ese bárbaro el que te ha herido; ¡ah, si yo llego en ese momento!;... rugió el joven, tendiendo sus dos brazos desesperados en la Noche, crispando sus dedos tentaculares, como buscando alguien a quien estrangular con ellos.

—No; te juro que no—dijo Encarnación inquieta y asustada ante la exaltación de su hijo, y para cambiar de tema, suplicó a éste, que no saliera esa noche, ni al día siguiente, que era domingo, pues se proyectaba una huelga de operarios de la industria textil, a cuya cabeza se encontraban los de las tres fábricas del marqués de Almafria;

al sentir el nombre de aquel que era su padre, Virgilio Heredia, se hizo rojo de cólera, y, como si sintiese vergüenza ante las estrellas por el crimen de su bastardía;

se sintió ahogar de coraje, y, no queriendo alarmar a su madre, con ese estado de su ánimo, se despidió de ella, besándola largamente;

y, se alejó;

ya era tiempo, porque se oían a poca distancia, los pasos y las blasfemias, de Gregorio Sánchez, que llegaba.

Virgilio tuvo apenas tiempo de doblar la esquina, donde encontró dos obreros amigos suyos, a quienes se unió, y, uno de los cuales, le dijo, mostrándole el ebrio que avanzaba haciendo eses:

—Mira a tu padre, como hace más equilibrios que un político.

—Ese no es mi padre...

—¡Ah!... yo creía...

—No, es mi padrastro.

—Y, ¿hace mucho que murió tu padre?

—Sí... mucho...

y, diciendo así, su voz temblaba y, quedó soñador y rencoroso, como siempre que tocaba esa llaga de su corazón;

en tanto, el ebrio que había visto al hijastro alejarse y, aunque de lejos lo había reconocido, llegó furioso a la casa, y, encontrando a su mujer en el portal la dijo, con voz avinada y rencorosa:

—¿Qué haces ahí?... ¡Ah, vieja perra; esperando al bandido ese, para darle los cuartos que me sisas, y, mientras me matas de hambre, él, hace el señorito:

—¿Qué bandido?—dijo ella con una voz muy suave en que vibraba el dolor de ver insultado a su hijo.

—¿Qué bandido?... Virgilio, el golfo de tu hijito, el *marquesito*;

y, diciendo esa palabra, que él creía un supremo insulto, rió, con una risa feo, innoble y, gutural.

—Si él no ha venido—dijo Encarnación, muy paso, creyendo con la piadosa mentira aplacar al ebrio.

—¿Que no ha venido?... y, ¿no lo he visto yo, que se alejaba guardando los dineros que le has dado?

—¿Los dineros?...

—Sí; y, toma para que no me arruines,
y, así diciendo dió un tan recio bofetón a la mujer, que ésta rodó por tierra;
viéndola caída, el ebrio exasperado, cayó sobre ella a puntapiés, cubriéndola
de golpes y de improperios;
la víctima, intentó levantarse, para huir;
entonces, Gregorio, la tomó por el cuello, y, la tumbó de nuevo en tierra, gri-
tándole, mientras le oprimía la garganta:
—Ahora, te voy a estrangular;
y, cayó sobre ella con todo su peso, porque la embriaguez lo hacía torpe y
pesado;
la infeliz mujer, que se sentía ahogar, reaccionó; asió al ebrio por el cuello
y, apretó con fuerza;
sintiéndolo debilitarse, crispó aún más los dedos convulsos y, haciendo un
supremo esfuerzo, logró levantarse, poniendo al hombre debajo;
éste, al caer dió con la nuca contra el borde de un sardinel;
rebotó;
y, volvió a caer cuanto largo era;
quedó inmóvil;
la mujer, arregló sus ropas descompuestas, y, se alejó a preparar la cena,
dejando al hombre en tierra, creyéndolo vencido por el vino, como otras tantas
veces;

.....
.....
cuando volvió poco tiempo después, para llamarlo a cenar, vió que aún esta-
ba allí tendido y, se acercó a él;
lo llamó;
no respondió;
lo tocó;
estaba frío...
no se movía...
no respiraba...
estaba muerto.

Quando al día siguiente, trajeron a Virgilo Heredia la noticia del suceso, que-
dó estupefacto:
quienes le traían la nueva, eran los agentes de policía, que venían a prender-
lo, porque lo creían cómplice de su madre en el asesinato de su padrastro;
se pasó las manos por los ojos, como para convencerse de que no soñaba;
terrificado se dejó maniatar;
le pusieron las esposas, y sintió que le laceraban las carnes;
no se quejó;
lo empujaron afuera con brutalidad;
salió escoltado por sus guardianes, que lo tenían por los brazos ligados atrás
con rudas cuerdas:

así apareció ante gentes extrañas agrupadas frente a la puerta para ver salir al asesino.

era una multitud adventicia, porque los vecinos, asomados a las puertas, o formando grupos, comentaban el suceso y, compadecían al joven orfebre, al cual nadie creía culpable;

grupos de obreros, tenidos a distancia, lo saludaban con las manos, levantando en alto las gorras;

por entre ellos, vio avanzar a María-Rosa, que seguida de su padre, medio ciego, venía jadeante y desolada, queriendo acercársele;

fué tan brutalmente rechazada por la policía, que estuvo a punto de caer; su padre la recibió en sus brazos, y, los obreros la rodearon con respeto; mujeres de las casas vecinas vinieron hacia ella para consolarla, y, la alejaron de allí.

Virgilio Heredia creía ser víctima de una pesadilla; quiso frotarse los ojos, y, las ligaduras de sus brazos, y, el dolor [de sus pulgares amoratados, le recordaron bruscamente la realidad;

y, miró el paisaje; en la frescura de la mañana le parecía que los árboles del camino, danzaban ante sus ojos, una danza macabra;

todo le parecía inseguro y flotante, y, estuvo a punto de perder el sentido y, caer por tierra;

los guardias lo sostuvieron; poco a poco tomó conciencia de sí mismo y, de los objetos que lo circundaban y, parecían escoltarlo en su marcha;

y, comprendió que los grandes dolores son como grandes embriagueces que deforman las perspectivas y, hacen perder el sentido real de la vida;

y, vio que el Dolor es el único soberano digno de ser temido, porque los otros soberanos todos son heridos por el Dolor; y, tiemblan ante él;

y, cuando ya en el juzgado, fué sometido a un primer interrogatorio por un juez parsimonioso y, versado en arrancar del corazón de los criminales el secreto de su delincuencia, le pareció ver ante sí, una enorme araña empeñada en envolverlo en sus redes, que no eran otras que las mallas tupidas del Código Penal;

y, se refugió en la Verdad, y, dijo la Verdad, no pensando [sinó en su Madre, en salvar a su Madre, y, dar su vida por su Madre, si era preciso;

y, entró en esa Via-Crucis de un Proceso Criminal, tembloroso de coraje y no de miedo, no esperando nada de la Justicia Humana, esa terrible Justicia de los Hombres, que como trofeo de sus veredictos, alzó sobre un patíbulo el cadáver de su Dios;

y, cuando ya desmaniatado entró en las sombras de un calabozo, estaba sereno; había recobrado el dominio de Sí Mismo, y, miró, calmado y fuerte, las ruinas de su vida, tan brutalmente rota por los acontecimientos;

pero, a pesar de su serenidad recobrada, sus ojos se llenaron [de lágrimas, y, tembló de angustia;

la serenidad de su cerebro no alcanzaba a calmar su corazón;

la miserable extraña permanecía agitada, rehacia a toda consolación;

y, lloró, lloró mucho, sobre la suerte de su Madre, que era toda la adoración de su vida;

y, la sombra virginal de María-Rosa, apareció ante él, dolorosa y lejana, arrojando la luz de sus ojos sobre las tristezas actuales de su vida, como el resplandor de una estrella sobre una mar en cólera;

y, con la cabeza erguida, como pronta a soportar todo el peso de injusticia futura, se acercó a la ventana de su celda, y, miró a la Ciudad, dormida a sus pies como un archipiélago funambulesco, y, las torres de las iglesias destacándo-

se como vírgulas erectas de una flora monstruosa sobre las cuales se extendía la débil blancura de una ronda de nubes.

*
*
*

Cuando después de su largo *corp a corp*, con la Justicia, y diarios interrogatorios y, careos, los jueces, no pudiendo hallarlo culpable, le volvieron su libertad, Virgilio Heredia, volvió a su taller solitario, en el crepúsculo de una tarde infinitamente triste, como su corazón;

como ebrio del aire libre, que había respirado después de tantos días de encierro, se dejó caer sobre su lecho, cerrando antes herméticamente puertas y ventanas;

ese primer encuentro con la Sociedad armada de la Ley, había hecho nacer en él, extrañas fuerzas ocultas, gérmenes de rebeldías, que hasta entonces eran como yacimientos vírgenes en el fondo de su corazón;

se encontró solo, rodeado de acechanzas, desarmado ante las fuerzas hostiles que lo rodeaban;

¿que era él, miserable átomo humano, ante la colectividad armada y poderosa, que había podido privarlo de su libertad, a él, que era inocente, y, podía dentro de poco privar de la vida a su madre, que no era sino una víctima infortunada de las brutalidades de un ebrio?;

esa certidumbre de su impotencia, contra la Omnipotente Máquina Social, que podría romperlo, lo llenaba de un extraño rencor, y de una tristeza tan grande que permaneció largas horas sin moverse, tendido en el lecho, cuan largo era en una obscuridad completa, insensible a todo, hasta a las voces del hambre que le devoraba las entrañas;

los gritos de un gran deber lo llamaban a la vida;

el deber de salvar a su madre;

hasta entonces no le había sido dado verla, sino en presencia de los jueces, en los diversos careos, celebrado entre los dos, para buscar en el hijo una culpabilidad que no existía;

durante esos interrogatorios, como en todos los que había sufrido sola, Encarnación, había sido admirable de valor y de ingenuidad;

había narrado la historia del *crimen*, que ella no había querido cometer, y, lo había hecho con tan candorosa simplicidad, que llegó por momentos a conmover a sus jueces, con la narración desnuda de sus grandes dolores, en el largo calvario matrimonial;

los vecinos, que ninguno había presenciado la escena, porque se habían encerrado en sus casas; como siempre que los esposos litigaban, para no presenciar las brutalidades repugnantes del ebrio, fueron sin embargo contestes en sus declaraciones, para aseverar la buena conducta de Encarnación, y sus largos martirios como esposa y como madre;

solo Petra Sánchez, hermana del interfecto, vendedora de legumbres en el mercado de la ciudad, fué implacable en su declaración, que era mas bien una requisitoria contra su cuñada, a la cual acusaba de ser, en unión de su hijo, los verdugos de su hermano, a quien querían suprimir, para fines deshonestos, y calumniando el más noble de los afectos dejó adivinar una suposición que hizo enroje-

cer los jueces; la misma que hizo a una madre coronada, apelar «al corazón de todas las madres» para rebatirla;

habiendo sabido por las declaraciones de Encarnación, que ésta había nacido en el noble palacio de los marqueses de Almafria, y, había vivido allí hasta el alborar de su juventud, su abogado creyó salvador para su defendida, interrogar al poseedor de ese título, interesándolo en la suerte de la procesada, ya que ella, como sus padres, habían pertenecido a su servidumbre;

el Marqués, que por aquellos días, se preparaba a contraer un matrimonio muy ventajoso, se mostró seriamente contrariado de verse mezclado a ese asunto que despertaba viejas y ya enterradas leyendas, y, fué implacable para su antigua fórmula, a la cual pintó como intrigante y enredadora, dada a ejercer el *chantage*, y como explotadora de la vieja y cándida marquesa, a la cual había hecho creer las más necias absurdidades;

e hizo constar, que era por su mala conducta, y, por tentativa de estafa, que Encarnación había sido expulsada de su casa;

esta declaración, fué abrumadora para la infeliz mujer, que quedó anonadada bajo el peso de ella;

desde el día en que salió de su prisión Virgilio Heredia, no se había ocupado sinó de salvar a su madre;

como la austeridad de su vida le había permitido hacer algunos ahorros, los empleó, todos, en sostener y alimentar a su madre en la prisión, y, buscarle los mejores defensores;

sindicatos obreros le ofrecieron sus letrados, pero el, no queriendo mezclar la causa de su madre, a la defensa de causas sociales, a las cuales era poco afecto, rehusó el ofrecimiento, y, buscó el mejor abogado criminalista de la ciudad, el cual se encargó de la defensa, mediante un anticipo en metálico, que el hijo dió, de los ahorros que tenía destinados para su matrimonio, dispuesto a renunciar a este y, a sacrificarlo todo para salvar a su madre desventurada;

la declaración del Marqués que agravaba tan cruelmente la suerte de Encarnación, fué un golpe terrible para el hijo, en cuyo corazón, el viejo rencor creció en vastitudes terribles;

pero, calló, esperándolo todo de la Justicia, y, para olvidar se dió por completo a su trabajo;

el Dolor parecía centuplicar su Inspiración;

las creaciones artísticas, brotaban de sus dedos prodigiosos como por un efecto de Magia; y, en efecto, era el Mago del Cíncel;

su buril maravilloso animaba los metales de una como vida real y, del hervor de sus crisoles salía el oro licuado para transformarse en Obras Maestras, que hacían el encanto de los conocedores de Arte, y, la admiración de los *amateurs* que se las disputaban;

hasta la soledad en que se había recluso, no llegaba sino Rosa-María, suave y, tierna, como el halo de un astro, sobre un bosque de laureles enfermos;

ella había hecho suya la pena de Virgilio, y era sobre su sencillo corazón, que, el obrero había llorado las terribles cóleras y los aciagos dolores de su alma complicada y esquiva;

ambos iban una vez por semana a visitar a Encarnación a la cárcel, y, le llevaban obsequios y, golosinas, y, alimentaban su esperanza en una próxima liberación;

y, todas las tardes venía al taller del artista, y, se sentaba a su lado para verlo trabajar, multiplicando los testimonios de su ternura casta y lenitiva, que eran como una suave caricia misericordiosa sobre aquel corazón ulcerado de dolores una divina limosna para aquella alma hosca necesitada de consuelo y rebelde a obedecerlo;

y, cuando este le dijo cómo debían aplazar la fecha de su matrimonio, porque

el dinero que tenía destinado para eso, lo necesitaba para salvar a su madre y pagar sus defensores, a ella no se le ocurrió sino añadir:

—Yo, tengo trescientos francos ahorrados para comprar mi equipo de novia; ¿los quieres?; mañana te los traeré;

él, rehusó el noble sacrificio, agradeciéndolo con un largo beso de gratitud sobre la frente calmada, la cual aparecía como ceñida por la orla obsesional de la tristeza;

sus únicas horas de encanto eran cuando terminada la labor cuotidiana, se apoyaban de codos en el antepecho de la ventana que daba sobre el jardín y miraban morir la tarde en una apoteosis de colores, que caía como un manto impalpable sobre la agonía de las rosas vencidas;

y, se decían todas las ternuras de su corazón, mirando el verdor espeso del pequeño jardín, donde como trofeos del sol en huida, las últimas luces morían en una calma lánguida en el adormecimiento gradual de los cielos y de la tierra;

él, le ceñía el brazo al talle, sin que intentara desflorar los labios de María-Rosa con un beso, en ese instante propicio y tierno, tan casto como el amor de sus corazones;

y, las músicas de la tarde sonaban en sus almas inquietas y angustiadas, que pensaban así en la madre ausente y prisionera;

y, un mismo dolor los poseía, los envolvía como en un mismo manto invisible, bajo el hábito opiatizante de los serenos cielos, mudos y ciegos para toda voz y toda mirada de Consolación y de Misericordia.

*
* * *

Cuando aquel trágico día del Jurado, oyó el veredicto que condenaba a su madre a muerte por el crimen de parricidio, quedó como hebetado, gimió primero con un gemido sin palabras que corrió por la amplia sala como el enorme alarido de un mudo a quien se degüella, en la noche;...

y, recobrando luego el sentido y la palabra, se le vió ponerse de pié en la barra, y con los ojos feroces, las melenas hirsutas, tender los puños crispados a la gran sala gritando:

—Asesinos... asesinos...

los guardias lo sacaron no sin violencia, pero teniendo piedad de su dolor;

los magistrados misericordiosos no permitieron que se le aprisionara y lo dejaron en libertad;

y, quedó libre...

libre para llorar su dolor, para mirar frente a frente la enormidad de su infortunio;

comprendió que la vida es cruel, no permitiendo a ciertos dolores, matarnos de un solo golpe, como un rayo;

y, no pudiendo morir de su dolor, vivió en él;

y, anduvo en plena tragedia, como en una selva hostil, desgarrado y miserable;

la visión de la horca alzada en perspectiva y, el cuerpo de su madre pendiente de ella llenó todo su horizonte y, fué la tortura de sus días y la pesadilla de

sus noches en medio de las cuales veía el cuerpo de su madre oscilando en el lúgubre andamiaje, y, despertaba aterrado, y, caía de rodillas ante la dolorosa visión, tendiéndole las manos y gimiendo, como si fuese un niño solo en la noche:

—Mamá, mamá...

y, sin otros testigos que la sombra y el silencio se arrastraba, así de rodillas medio desnudo, por la estancia en desorden, gritando tras el fantasma de su madre que huía, arrastrando su mortaja, bajo el siniestro capuchón de los injusticia-

—Mamá, mamá...

dos: hasta que caía extenuado sobre el suelo, y, el alba lo encontraba por tierra transido y miserable, como un harapo;

despertado por la luz violácea del amanecer recobraba la conciencia de la Vida y del Dolor, o mejor dicho de ese gran Dolor que era su Vida, y, se ponía con furor a la lucha, a la lucha de salvar a su madre del patíbulo;

como todo solitario se encontraba perdido en medio de los hombres;

no tenía amistades valiosas;

las muy pocas que tenía eran tan pobres y tan sin influencia que de nada podían servirle;

los obreros sus amigos, se ofrecieron a él, con el propósito de celebrar grandes mítines para conmover la opinión pública, y, obtener el Indulto;

se opuso a ello, temiendo comprometer aun más la suerte de su madre, entregándola al vaivén de los tumultos;

además, él, no tenía el alma revolucionaria, todo movimiento colectivo lo aterraba, porque ponía en fuga la ronda luminosa de sus sueños;

artista delicado y sensitivo, no tenía temperamento anárquico;

le repugnaban todas las formas de la Violencia, porque ellas rompían la armonía de las líneas en el rostro angusto de la Belleza, que era su Idolo;

el gran abogado que había sido el defensor de su madre, consternado de su derrota, esperaba neutralizarla obteniendo el Indulto, y, para eso le dió cartas de recomendación para grandes personajes, y, entidades influyentes;

anduvo de casa en casa, y de puerta en puerta, en una heroica mendicidad de Misericordia, para salvar la vida de su madre;

halló almas buenas que le prestaron todo su concurso y alentaron sus esperanzas;

algunos le indicaron la conveniencia de hacer una Petición de Indulto, firmada por personas influyentes para entregarla a los altos poderes que podían conceder la gracia;

muchos nobles, altos funcionarios y potentados de la Banca y el Comercio, habían firmado la petición, cuando alguien le indicó solicitar la firma del Marqués de Almafria, decisiva por su influencia en las altas esferas oficiales.

Virgilio vaciló en hacerlo;

pero ¿qué sacrificio por grande que fuera, no lo haría él, para salvar la vida de su madre?...

además, los días, y, podría decirse que las horas, eran contadas, porque se aproximaba el cumplimiento del terrible fallo;

con la petición de Indulto ya firmada por varios, Virgilio Heredia, fué a ver al Marqués de Almafria para obtener su firma;

no lo halló;

volvió;

fué mal recibido por el portero, que le ordenó alejarse;

resolvió esperar la salida del Marqués;

al acercarse al coche en que este iba a montar, fué brutalmente rechazado por los lacayos y aprehendido por dos policías;

el marqués lo había hecho denunciar como que meditaba un atentado contra él;

y, aunque no le nacieron encima arma ninguna, fué encerrado en un calabozo, esperando ser interrogado;

y, las horas pasaban...

las horas en que pudiendo llegar la Petición de Indulto a su destino, podría salvar la vida de su madre...

como una bestia acorralada, tanteando en los muros de su prisión, sintió nacer dentro de Si, otro Yo, que hasta entonces no conocía;

y, se abrazó a él, y, lloraron furiosamente.

* *

La ley fué inexorablemente cumplida.

Encarnación Heredia, fué ejecutada, una mañana fría, en el patio de la cárcel, ante un número reducido de funcionarios;

no pudo ver a su hijo, que estaba preso, estrechando contra el corazón la Petición de Indulto, que hubiera podido salvarla;

murió humildemente, sencillamente, como había vivido;

y, sólo se le oyó murmurar al bajar sobre ella el capuchón de los ajusticiados: Hijo mío, hijo mío...

y, entró en el Silencio Eterno;

un juez misericordioso y recto, ordenó la liberación del hijo, para que concurren a los últimos instantes de su madre, y recibiera su bendición;

pero, era tarde...

cuando Virgilio Heredia, salido de su calabozo y, seguido de un grupo de obreros que lo esperaban y, le ocultaron la terrible verdad, llegó a la vista de la cárcel, vió ondear sobre ella la bandera negra de los ajusticiados;

lo comprendió todo, y, cayó en tierra, como herido por un rayo;

los amigos que lo acompañaban lo tomaron en brazos, y, lo llevaron a un café vecino, donde intentaron reanimarlo;

volvió en sí, lúgubre, silencioso, espectral, como si aquel huracán de angustias lo hubiese convertido en otro hombre y, hubiese hecho un pacto con lo infinito para no morir de ese dolor, no abatirse, no disminuirse, y, alzarse erecto ante la Vida, ansiosos de vivir, resuelto a vivir, comprendiendo que hay horas en que todos los grandes deberes están condensados en esa palabra: vivir; porque esa palabra encierra en sí, todos los grandes veredictos inapelables;

y, como si empujase ante él, todas las sombras de su pasado, se dirigió a la cárcel, a reclamar el cadáver de su madre, para darle sepultura;

no podían negárselo, porque le pertenecía; y, después de mil trámites inútiles, le fué entregado;

los obreros sus amigos presididos por el padre y, los hermanos de María-Rosa, habían traído un carro mortuario, lleno de flores y de coronas;

pusieron en él el cadáver de la madre y, haciendo cortejo al hijo que presidía el duelo, se dirigieron al cementerio.

María-Rosa, y su padre, que habían sabido tarde la terrible nueva, que todos querían ocultarles. llegaron en aquel momento;

abrazaron en silencio al huérfano, y, se unieron a la lúgubre comitiva; moría la tarde, bajo un cielo plomizo, anaranjado, cuando llegaron al cementerio;

la sepultura que debía recibir el cadáver de Encarnación, estaba ya abierta en tierra;

los sepultureros esperaban, apoyados sobre sus palas;

el féretro fué bajado del carro, y, puesto cerca a la boca abierta de la fosa.

Virgilio hizo abrir la caja, para besar por última vez a su madre;

el cadáver apareció a la vista de todos; un cadáver horrible y miserable, espantoso de ver; tumefacto por la asfixia, los ojos casi salidos de las órbitas, y la lengua afuera, a causa de la estrangulación;

unos retrocedieron asustados; otros volvieron la vista con horror.

Virgilio, se acercó a su madre, piadosamente, suavemente, como si estuviese dormida y, temiese despertarla;

se puso de rodillas al lado del féretro, y, metiendo el brazo cautamente, por debajo de la cabeza, intentó levantar el cadáver que empezando a hacerse rígido, se levantó todo, como si no tuviese articulaciones.

Virgilio, se abrazó a él, tiernamente, apasionadamente, y, lo besó con lentitud en la frente, sobre los ojos abiertos, sobre la boca horrible de la cual pendía la lengua como un harapo; y, paseaba sus labios lentamente sobre las mejillas, hacia los oídos, deteniéndose en ellos, como si dijese a la muerta un gran secreto, le prometiese algo, le hiciese un juramento, que sólo habían de oír los oídos inmutables de la Eternidad;

después, colocó cuidadosamente el cadáver en la urna, y trató por todos los medios posibles, de cerrarle los ojos, y, colocar de nuevo la lengua dentro de la boca;

lo logró apenas a medias;

y, puso besos desesperados sobre los ojos y la boca mal cerrados de la madre;

sus amigos lo separaron de ese abrazo, porque era ya tarde y, los sepultureros esperaban el cadáver para enterrarlo;

cerraron el féretro, y, lo bajaron al fondo de la sepultura;

la tierra cayó lentamente sobre la muerta, en presencia de aquel grupo de seres silenciosos, que parecían petrificados;

cuando los sepultureros hubieron cumplido su misión, Virgilio Heredia, volvió a ponerse de rodillas, esta vez sobre el suelo removido, besó la tierra que cubría su madre; alzó su rostro sin una lágrima hacia el cielo inmenso, como si dialogara con el alma de su madre en vuelo, y, sacando del bolsillo un largo puñal que en el trayecto había pedido a un compañero suyo, lo clavó con fuerza en la tierra, como si lo hubiese clavado en el corazón de la muerta; ¿cual si fuese la emilla de acero de un árbol misterioso que debía fructificar;

y, se puso en pie;

la cruz dorada del puñal, temblaba en el crepúsculo, como si fuese un lis de ro, temblando en un jardín de desolación:

y, el hijo huérfano, y, el grupo de sus amigos se alejaron silenciosos;

sobre una senda de tumbas...

bajo un cielo obscuro, carente de estrellas tras del cual parecía haber dejado de palpar el corazón de la Misericordia.

*
**

El taller del Artista era a esa hora como una calmada bahía de silencio; en la

cual imperaba una suave penumbra, como de playas lacustres a la hora sensitiva del atardecer;

por la ventana abierta, entraba una luz caudalosa y áurea, que parecía orgullosa de su victoria sobre los ramajes de los árboles y, el follaje tupido de las enredaderas empeñados en disputarle su marcha triunfal hasta las mesas y los hornillos, donde el yeso de los modelajes tenía blancuras cinéreas y, los crisoles extintos, parecían ojos muy tristes llorando la muerte de las llamas azules que los animaron;

había una verdosidad de marisma sobre los suelos y los objetos suavemente acariciados por esa luz tamizada, que parecía de *Acuarium*;

calcos en bronce, estucos y, bajo relieves fragmentarios yacían por el suelo al lado de copias de obras de cerámica italo-griega, apenas esbozadas:

modelos iconográficos reproducidos en cera virgen, se mezclaban a otros de metal, recién vaciados, en ese sabio desorden que reina en los estudios de artistas, en el cual impera sin embargo, una extraña armonía de líneas y, de colores, que se diría musical;

en medio de él y, de pie, cerca a su mesa de trabajo, Virgilio Heredia estaba absorto, ensimismado en la contemplación de un objeto que tenía entre las manos;

era una pequeña copia, hecha en metal, del AQUAVOLO de Vincenzo Gémito, aquella preciosa miniatura que el genio delirante cinceló, antes de entrar plenamente en los limbos de la demencia;

la figulina prodigiosa, admirablemente reproducida por él, en metal blanco, fulgía como si fuese de cristal, diseñando la admirable pureza de sus líneas, entre las manos del artista que parecían adheridas a ella, por una luminosa red;

suspendida así, entre los dedos largos y pálidos la figura se hacía evanescente y, parecía tener el lento encanto de un verso, aprisionado en las formas del metal;

los juegos de la sombra y de la luz, producían en ciertas curvas esfumaduras de color, que se dirían fugas musicales;

el precioso objeto era de tal manera armonioso de líneas que podría llamarse una Sinfonía Pictural, aplicándole el decir de Gustavo Klimt;

pálido y conjunto, cadavérico, los ojos hechos enormes por la amplitud desmesurada de las ojeras, el orfebre se veía como espectral, en sus negras vestiduras;

después de la muerte de su madre se había hecho uno como eremita de su dolor, había hecho el gesto de desaparecer de entre los vivos, se había encerrado en el Silencio, como en una tumba y, había apurado el filtro de la Soledad, hasta sentir la embriaguez de él;

se dió al trabajo con un encarnizamiento lúgubre, como si en todo quisiera esculpir las formas vivas de su Dolor;

el AQUAVOLO de Gémito absorbió toda su atención;

había emprendido esa copia días antes de que la muerte de su padrastro y el proceso de su madre viniesen a romper brutalmente su Vida;

la destinaba a un corredor de objetos preciosos que le había pagado muy bien otros trabajos;

después de la tragedia que había roto en él, todo, menos la inspiración, se puso al trabajo de esa copia, con frenesí, corrigiendo por completo los planes y los diseños, haciéndola hueca y no sólida, como si la destinase para envase de algún selecto perfume,

no era la sed de lucro la que aceleraba su fiebre de creación, porque aunque había gastado todos sus ahorros en el inútil esfuerzo de salvar la vida de su madre, la suya era tan modigerada que cualquier cosa era bastante para proveer a sus necesidades;

era algo extraño y superior que le impulsaba a laborar, y laborar, como si oí-

siese extraer de las entrañas del metal, alguna trágica virtud que había de transformar su vida;

mientras así trabajaba, quiso la suerte que supiese que con motivo del reciente matrimonio del Marqués de Almafria y para agradecerle ciertas liberalidades, los obreros de las tres fábricas que éste poseía buscaban un objeto de arte para obsequiarlo con él;

gestionó y obtuvo que una comisión de obreros, viniera a ver su copia del AQUAVOLO y, lo tomara;

y, solo pidió, por lo delicado del objeto, ser él, quien lo llevara, y, se ofreció galantemente a hacer y decir el discurso con que debiera ofrecerse a los ilustres cónyuges el precioso regalo;

encantados, aceptaron los obreros, ora por el respetuoso interés que Virgilio Heredia les inspiraba, ora porque lo sabían inteligente y muy apto para laborar una bella peroración;

y, llegó el día;

y, era la hora en que el artista cerca a su mesa de trabajo y, ya vestido para salir, mostraba a la comisión de obreros, la preciosa figulina, que hecha radio-sa por el beso del sol parecía viva, de una vida extraña y trágica, cual si llevase sobre los labios diminutos, el peso abrumador de un inviolable secreto;

alguno quiso tocarla:

—No—, dijo Virgilio retrocediendo—empañarías el brillo del metal y, el Marqués no lo hallaría bello;

preguntóle otro, por qué tenía la figulina orificios en los pies y, en la cabeza, apenas cubiertos por esas prolongaciones que parecían fulminantes;

dijoles que era para que pudiese servir como sustentáculo de una lámpara eléctrica, si así lo quería su dueño:

y, sin más, se pusieron en marcha; porque la hora de la recepción se acercaba;

Apenas fuera de su casa Virgilio Heredia se sintió herido como de cesidad, por la refracción del sol, dándole tan fuertemente en los ojos que lo obligó a entrecerrarlos;

esto le impidió ver a María-Rosa, que avanzaba hacia él, seguida de su padre; ella caminaba resuelta, presurosa, y, su cabeza blonda lucía al sol, como una rosa de oro, pronta a fundirse sobre el marfil del rostro angustiado y, el marmol erecto de los senos que temblaban con una viva agitación;

el anciano la seguía caminando a tientas, extendiendo a intervalos sus manos hacia adelante cual si quisiese asir con ellas a su hija, temeroso de verla hundirse y perderse en las tinieblas que principiaban a pocos pasos de él:

vuelto de su deslumbramiento Virgilio alcanzó a ver a María-Rosa, que se dirigía hacia él, y, volvió el rostro, fingiendo no verla, y, apresuró el paso, con el designio visible de esquivarla:

esta lo comprendió y, se acercó al Orfebre, con enérgica actitud;

—No la dejéis acercar—dijo éste a sus amigos, como si diese una orden a una escolta de honor:

estos se detuvieron asombrados, no atreviéndose a detener la marcha de la joven cuya belleza maravillosa pareció centuplicarse al poder de la emoción:

—Virgilio, Virgilio—, dijo María-Rosa, con una voz de tan humilde reclamo que parecía más bien una imploración:

el Orfebre fingió no oírla, y, avanzó para mezclarse al grupo de sus amigos, como si buscara una protección entre ellos:

entonces, María-Rosa, le cogió por un brazo,

—No me toques, no me toques—gimió éste, pálido, inmutado, como si fuese a ser triturado por aquellas divinas manos.

—Oyeme, Virgilio—dijo ella, con una voz baja y cariñosa que tenía el temblor de un hilo de agua;

los obreros presintiendo un diálogo entre enamorados, se apartaron discretamente de ellos, para no estorbarlos.

—Vamos a la casa, que tengo que hablarte—continuó en decir María-Rosa, con tremores en la voz, y, un principio de llanto en las pupilas, que la tristeza hacía opacas, como dos gemas carbonizadas.

—Imposible; tengo que ir con estos señores; volveré pronto; espérame en casa—dijo Virgilio con una voz inquieta y, sombría en que parecían temblar por igual la cólera y el amor;

e hizo el gesto de retirarse, para reunirse con sus compañeros.

—No te irás, tú no harás lo que vas a hacer; dame eso;

y, extendió violentamente las manos, hacia la miniatura de metal, que Virgilio, tenía en su mano derecha, apretándola contra la axila de su brazo izquierdo, como para protegerla;

este retrocedió, espantado y, colérico:

—No me toques... no me toques—gimió con una voz de angustia, como si fue- sen a arrancarle las entrañas.

—Dámelo—gritó la joven, ya sin ternuras en la voz;

y, puso su mano sobre el precioso objeto;

forcejearon los dos;

en la lucha la cabellera de María-Rosa, se desanudó, rodándola por la espalda como un río de oro, fulgiendo al sol, como una lava incendiada;

los obreros se miraron inquietos, como preguntándose si debían intervenir;

no tuvieron tiempo;

la pequeña estatua disputada, rodó de las manos de María-Rosa, al suelo...

una detonación muy pequeña, apenas perceptible, como el ruido del aspa de acero de un volfivolo que se rompe...

una pequeña llama nitrásea que se alzó del suelo, con un verde de óxido en fusión;

el vacío se hizo en varios metros a la redonda;

temblaron los objetos circunvecinos;

se derramaron los árboles cercanos;

los obreros fueron arrojados por tierra, a una gran distancia.

• • • • •
Cuando pasado el primer estupor los transeúntes, se acercaron al lugar del siniestro, pudieron ver, entre los despojos de árboles y bancos de la avenida, los cadáveres de Virgilio y, María-Rosa, proyectadas a una gran distancia;

el de Virgilio Heredia, yacía contra el muro de una casa, con el cráneo fracasado, las mandíbulas desarticuladas, un ojo fuera de su órbita, y, en el otro parecía brillar un siniestro resplandor de orgullo, en la pupila hecha glauca.

María-Rosa, tendida en tierra, apoyada la cabeza, sobre uno de sus brazos, plegado bajo ella, parecía dormir; su cabellera destrenzada la cubría como un áureo peplum inmóvil, y sus ojos, entrecerrados parecían dos violetas evaporadas bajo el candor de los cielos; se diría la estatua de una Victoria, volcada por un rayo

Fargassila

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

!! EUREKA !!



Buen humor por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás M.^a Rívero, 11, Madrid

No compre V.

relojes, joyas o artículos de óptica sin antes ver precios y modelos en **La Vasco-Castellana.**—Fernando VI, 9.

Evita el dolor de muelas

DENTALINA

Perfuma el aliento

DENTALINA

1,25.

Alcoholera, Carmen 10

SASTRERIA DE SPORT

Moisés Sancha

Casa dedicada a la confección de toda clase de prendas de sport

CRUZ, 12.- MADRID

Teléfono M-2008

Es lo mejor.

La ciencia tiene demostrado que la caída del cabello es debida generalmente a enfermedades de las raíces capilares o bulbos. Usando **La Flor de Oro**, evitaréis esas enfermedades y tendréis la cabeza y el cabello sanos y conservaréis su color.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

¡Comerciantes! ¡Industriales! ¡Banqueros!

La seguridad, no solamente de vuestro dinero, sino de lo que a veces supone lo más importante de vuestro negocio, los libros, la encontrareis adquiriendo una caja refractaria de caudales en el

HOTEL DE VENTAS. ATOCHA, 34'.

Prensa Popular

ADMINISTRACIÓN: CALVO ASENSIO, 3.—MADRID.—
APARTADO, 498.—TELEFONO, J. 623.

Fotografía BIEDMA

CALLE DE ALCALÁ, 123.
Teléfono M-730.—Hay ascensor.

FRINE

NÚMEROS ATRASADOS

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

DIRIGIRSE A LOS CORRESPONSALES

- Núm. 1.-Arte de no envejecer ::
- Núm. 2.-La mujer en el hogar ::
- Núm. 3.-La belleza de los ojos ::
- Núm. 4.-Los perfumes :: :: ::
- Núm. 5.-Los matrimonios :: ::
- Núm. 6.-La moda según el tipo
- Núm. 7.-La belleza de las manos
- Núm. 8.-La belleza de la boca ::
- Núm. 9.-Los bailes :: :: :: ::
- Núm. 10.-Las joyas :: :: :: ::
- Núm. 11.-Las ropas :: :: :: ::
- Núm. 12.-Modo de ordenar la casa
- Núm. 13.-Los peinados :: :: ::
- Núm. 14.-Educación as Ide jóvenes
- Núm. 15.-Las visitas :: :: :: ::
- Núm. 16.-La belleza del pie :: ::
- Núm. 17.-La belleza de la linea

LOS ANIMALES

LOS ANIMALES



EL MONO

Su naturaleza,
costumbres y
modo de cazarlo

Cuaderno

20 cts.

En breve lanzaremos a la publicidad una interesantísima **colección infantil** dónde se describirán de manera detallada y amena las costumbres de las fieras y los animales salvajes y el modo de cazarlos. Esta colección se dividirá en **24 cuadernos** bellamente ilustrados **en tricolor**, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente a saber:

León.

Tigre.

Rinoceronte.

Bisonte.

Kiama.

Elifante.

Oso.

Elefante.

Lobo.

Zebra.

Jirafa.

Avestruz.

Mono.

Cocodrilo.

Dromedario.

Caballo.

Ganguro.

Hipopotamo.

Foca.

Tortuga.

Serpiente.

Gato montés.

Perro.

Águila.

Precio del cuaderno: 20 céntimos

PÍDANSE A CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACIÓN, CALVO ASENSIO, 3. - MADRID

NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS